

Jerónimo de Torres y Aguilera

El soldado Alvarado, nadador nocturno

fernando.fernandez@uah.es

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Galeatus, Nadadores,
Fecha de Publicación: 02/09/2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

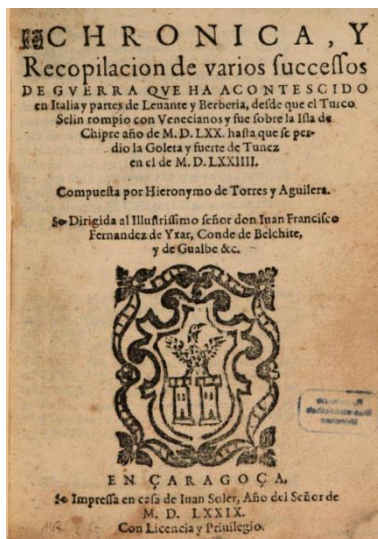
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

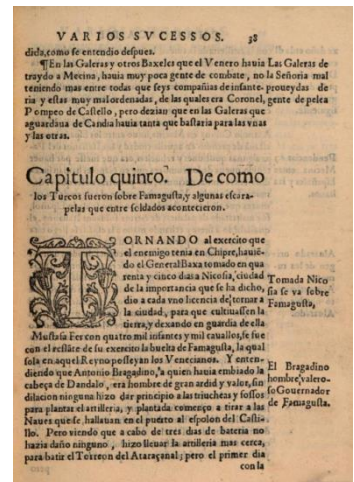
Jerónimo de Torres y Aguilera: El soldado Alvarado, nadador nocturno

Próximamente saldrá en el Archivo de la frontera, preparada la edición por Fernando Fernández Lanza, una obra singular y muy interesante sobre el cuatrienio decisivo del siglo XVI, 1570-1574, de la conquista de Chipre por los turcos y la batalla de Lepanto a la toma de Túnez por los turcos la temporada siguiente a haber sido tomada por Juan de Austria; el autor, Jerónimo de Torres y Aguilera, soldado apresado en Túnez por los turcos y cautivo en Estambul un tiempo, la tituló con esos títulos prolijos de la época como “crónica y recopilación”, y narra con minuciosidad lo sucedido esos cuatro años últimos de Juan de Austria en el Mediterráneo, antes de su paso a Flandes, en donde moriría poco después. Y fue publicada de inmediato, en 1579, en Zaragoza.



El título completo quedó así: *Crónica y recopilación de varios sucesos de guerra que ha acontecido en Italia y partes de Levante y Berbería, desde que el Turco Selín rompió con Venecianos y fue sobre la isla de Chipre, año de 1570, hasta que se perdió la Goleta y fuerte de Túnez en el de 1574*. Compuesta por Jerónimo de Torres y Aguilera. Dirigida al Ilustrísimo señor don Juan Francisco Fernández de Híjar, conde de Belchite y de Gualbe. En Zaragoza, impresa en casa de Juan Soler, año del señor de 1579. Con Licencia y privilegio.

De ese bello e interesante texto nos interesa aquí un fragmento en el que aparece un *Nadador*, como siempre en una circunstancia excepcional; en este caso, un altercado entre soldados italianos y españoles en Mesina, cuando se está reuniendo allí la armada de la Santa Liga para ir a Levante pero aún no ha llegado Juan de Austria a la ciudad, *su Alteza* en el texto de Torres y Aguilera. El fragmento está en el libro I, capítulo quinto, que titula: “De cómo los turcos fueron sobre Famagusta y algunas escarapelas que entre soldados acontecieron”. El protagonista de la anécdota o suceso, el soldado español nadador, es un tal Alvarado, y debió ser muy conocida en los medios militares del momento pues Torres y Aguilera la recoge con cierta minuciosidad y registra, a pesar de la gravedad de la “escarapela” – en el sentido, aquí, de enfrentamiento o escaramuza – el perdón final de Juan de Austria a este soldado Alvarado. El ambiente tenso se explica porque los soldados italianos de la flota veneciana ya llevan un tiempo en Mesina y, mientras oyen las acciones agresivas turcas en Chipre, no ven clara la salida de la armada cristiana y calculan que en esa campaña harán poco, por lo adelantado del tiempo. El incidente, pues, parece entre soldados venecianos y soldados españoles principalmente, aunque Torres dice que fueron entre italianos de



las galeras del Papa, que capitaneaba Marco Antonio Colonna, y los pocos españoles que allí había de dos regimientos solamente. En fin, fuera como fuera, he aquí el relato.

Los rotulillos son del propio Torres y Aguilera y el texto se ha actualizado, al estilo del Archivo de la frontera, y versiculado para una mejor lectura y comprensión.

En este tiempo, hallándose, como se ha referido, Marco Antonio Colonna en Mesina, hubo entre los españoles que estaban de presidio en aquella ciudad y los italianos del Papa algunas cuestiones y revueltas, ora que fuese por haber tenido nueva de los rumores que en Nápoles habían sucedido entre ambas naciones, ora por otras cosas que el demonio suele urdir. Una noche, que fue el origen de los rumores que allí hubo, estando nadando un soldado español, fue maltratado de palabras por ciertos soldados italianos; el cual saliendo afuera y echando mano a la espada, se llegó tanta gente que no pudo por entonces pasar adelante. El soldado español, llamado Alvarado, tuvo cuenta dónde iban los que le habían injuriado; y visto que se recogieron a una galeota (cosa maravillosa y de gran osadía) con solamente dos soldados que le hacían espaldas en tierra, entró dentro en la galeota y, a cuchilladas, fue rindiendo la gente de ella hasta el árbol. En este tiempo, se tocó el arma por todas partes y, así, el soldado se desembarcó. Y sabido por Marco Antonio Colonna, le prendió y condenó a galeras. Y no contentos con esto los italianos, salían por la ciudad con mano armada en busca de los españoles, los cuales, a la sazón, eran tan pocos que solamente había en la ciudad dos compañías. La una de Baltasar de Contreras y la otra de don Martín de Benavides, las cuales estuvieron encerradas en Terranova, su alojamiento, por orden de sus capitanes, para evitar mayores escándalos. No obstante la molestia dicha, estuvieron determinados de asaltarlos dentro en Terranova, lo cual entendido por los españoles, doblaron las centinelas y estuvieron muy sobre sí para lo que pudiese suceder; pero no atreviéndose a acometerles, andaban por las calles buscando algún español como cuando se buscan liebres con galgos. Y aunque en alguna parte Marco Antonio Colonna lo procuró aplacar ahorcando algunos, así españoles como italianos, no pudo totalmente hasta que llegando su Alteza se allanó todo, librando a Alvarado y publicando crueles castigos contra los que pusiesen mano a las espadas.

Con la llegada de su Alteza,

cesan las pependencias. Motín
de tres compañías de soldados

Sucedió, también en este tiempo, otro no menos grave tumulto causado de tres compañías de italianos de la coronelía de Pompeo de Castello, cuyos capitanes eran el caballero Sorrentino y Ascanio de Civita Vieja y la otra del mismo coronel, habiéndose levantado a manera de motín con las banderas y héchose fuertes en una iglesia, determinando de unirse e ir haciendo el mal que pudiesen hasta que les pagasen tres pagas que les debían; lo cual remedió Marco Antonio Colonna con su sólita prudencia, aplacando su ira con darles parte de lo que les debían.

La gente de guerra siente
la tardanza de su Alteza

Estaban en Mesina esperando la venida de su Alteza y, en este tiempo, la armada veneciana se estaba consumiendo y, no teniendo nueva cierta de cuándo sería su venida, estaban todos los soldados melancólicos y muy descontentos, viendo que por aquel año no se había de hacer cosa que buena fuese, perdiendo inútilmente el tiempo que más oportuno les parecía para hacer cualquier empresa y, en especial, que cada día se entendían peores nuevas del daño que hacía el armada turquesca. Porque habiendo venecianos enviado por gobernador en el Albania a Jacobo Malatesta, hombre de gran valor, con cargo de tres mil infantes, y habiendo él enviado doscientos de ellos para la montaña para que lo aguardasen en un lugarejo que estaba en el camino, se embarcó con doscientos y cincuenta soldados en dos galeras con intento de quemar todo el contorno del Cataro, porque allí se solían emboscar los turcos y hacer mucho daño a los cristianos. Luego que se desembarcó en el lugar que estaba concertado, comenzó a poner fuego en toda la montaña pensando hallar allí los doscientos soldados como estaba concertado; y no habiendo venido, fue asaltado de los villanos de la tierra y de algunos turcos, de modo que fueron muertos todos los suyos y él, con doce personas, llevado preso.

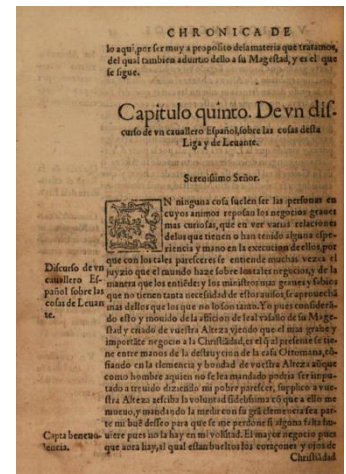
Jacobo Malatesta, gobernador
de Albania, toma enemigos en prisión.
Pérdida de dos naves venecianas

Y hubiéranle muerto si no porque hizo talla de diez mil cequíes y, así, salvó la vida y fue llevado en Constantinopla. Y de allí al mar Negro. Y después, a instancia del rey de Francia, le dio Selín libertad porque, para sólo esto, le envió a posta un gentilhombre suyo. Los otros

que habían partido primero e ido a reconocer a Risano, sabido que lo habían tomado turcos, se pusieron en huida sin ir al lugar donde les había sido mandado. Semejantemente, aquellos días fueron tomadas de turcos, entre la Velona y Corfú, dos naves venecianas cargadas de soldados que iban en busca de la armada, de las cuales era coronel Juan Tomás Costanzo. Y no obstante que en la batalla echaron a fondo ocho galeras, al cabo hubieron de ser presas por faltarles el viento. Venía por general de los turcos, Ochali, con ochenta galeras.

Una evocación de Uluch Ali Bajá, Ochali o Uchalí

El ambiente exacerbado previo al fin de la formación de la Santa Liga entre venecianos, españoles y el Papa se deja ver claramente en este fragmento, y las dificultades para cohesionar una armada con tantos grupos humanos y tan diversos; de entre los turcos, ya destaca la figura de Ochali, el arráez de origen calabrés pero al servicio del sultán de Turquía, de quien se hace un retrato muy interesante en otro lugar del libro, integrado dentro del discurso de un excautivo español del que no se dice el nombre, pero que debe recoger muchos de los planteamientos del propio autor Torres y Aguilera. Está en el capítulo V de la tercera parte que titula “De un discurso de un caballero español sobre las cosas de esta Liga y Levante”. Y en la evocación de Uchalí – su nombre cervantino – apuntan todos los prejuicios de una sociedad estamental y caballeresca, en donde la sangre y el origen era una clave importante, las “personas de cuento”, de valía por su propio origen estamental, y asimismo el horror que causa el “renegado” en la sociedad formal cristiana vieja. La cita de Los Castillos en el inicio del texto es referencia a los dos castillos que estaban en el origen del Bósforo defendiendo su entrada desde el mar de Mármara, básicos en la defensa de Estambul.



Ochali, renegado calabrés, nacido tan vilmente como se sabe, el día que sale de Los Castillos se fía debajo de su mano y poder todo el imperio, fuerzas y autoridad y rentas del gran Turco; porque fuera de ser gobernador absoluto de todas las Islas que miran a la mar, de las cuales saca lo necesario para la armada a otra cualquier parte de Turquía o Berbería, donde llegue orden suya es obedecida de todos los ministros como de superior. Pues esto se fía de un hombre que negó a Dios, a su rey y a su patria, que ni tiene verdad ni virtud, en quien consisten todos los siete pecados mortales, y un hombre que puedo deponer como testigo de vista que tiene el ingenio conforme al nacimiento.

De alguna manera, este personaje aparece como la contrafigura de Juan de Austria (1547-1578), el verdadero protagonista de esta crónica, por quien el autor Torres y Aguilera siente verdadera veneración. Y que en estos momentos tenía unos 23 o 24 años, de ahí también su atractivo como joven elegido con poder, hijo del emperador Carlos y hermano del rey de España. Frente a ese Ochali – Uluch Ali Bajá, el cervantino Uchalí – de origen miserable calabrés, a la sazón de algo más de cincuenta años y a punto de convertirse en uno de los hombres más poderosos del imperio Otomano.



Uluch Ali Bajá, dicho Ochali o Uchalí



Juan de Austria, autor desconocido

FIN